



## Andrés Trapiello

**N**ACIDO en Manzaneda de Torío (León), en 1953, afincado en Madrid desde 1975, Andrés Trapiello tiene una obra literaria publicada importante y extensa: «*La tinta simpática*» (1988), «*El buque fantasma*» (Premio internacional de novela Plaza & Janés, 1992), «*La malandanza*» (1996). Sus diarios, hasta hoy, están en seis primeros tomos con el título general «*Salón de los pasos perdidos*», que agrupa «*El gato encerrado*» (1990), «*Locuras sin fundamento*» (1993), «*El tejado de vidrio*» (1994), «*Las nubes por dentro*» (1995), «*Los caballeros del punto fijo*» (1996), «*Las cosas más extrañas*» (1997), «*Una caña que piensa*» (1998)... También están los volúmenes titulados «*Mil de mil*» (1995), «*Todo es menos*» (1997) y «*El azul relativo*» (1999), compuestos de pequeños relatos y ensayos, dentro de ese ciclo autobiográfico.

Como ensayista ha publicado «*Clásicos de traje gris*» (1990) y «*Sólo eran sombras*» (1997), dedicados a la literatura española. La obra «*Viajeros y estables*» (1992) estudia la literatura extranjera. Andrés Trapiello ha publicado también «*Las vidas de Miguel de Cervantes*» (1993), «*Las armas y las letras. Literatura y guerra civil 1936-1939*» (1994), «*Los nietos del Cid. La nueva edad de oro (1898-1914)*» (1997) y «*El escritor de diarios*» (1998). Su poesía está reunida en el tomo titulado «*Las tradiciones*» (1991), que agrupa sus cuatro primeros libros, «*Acaso una verdad*» (1993, Premio Nacional de la Crítica) y «*Poemas escogidos*» (1998).

—*Quisiera hablar de tu relación con los libros, de tus relaciones con los libros, que no es de ahora, que es de antaño y, además, en tu doble vertiente, como lector, porque eres un lector apasionado y que te lo lees todo, posiblemente hasta las hojas parroquiales; y como escritor,*

*porque has escrito lo tuyo, que no te has quedado en uno o dos libros...*

—Vamos a hablar de los libros viejos que es lo que más me divierte. Decía Ferlosio hace muchos años, cuando teníamos una tertulia —yo era muy joven entonces— que él, normalmente, dejaba siempre o esperaba siempre diez años a leer un libro de los que eran nuevos. Al cabo de los diez años se lo volvía a encontrar en el arroyo y la perspectiva cambiaba mucho. Creo que sería una buena opción.

Yo en general los libros los leo casi siempre de este modo. Soy, era más, todavía sigo siendo, un visitador de librerías de viejo. Madrid te lo conoces mucho, pero siempre que voy fuera lo primero que hago es ir a las librerías de viejo. Aquí sigo yendo cada domingo al Rastro, desde hace veintidós años con Juan Manuel Bonet. Es un poco como la caza: no tiene tanta importancia el hecho de la pieza concreta, o del libro concreto que puedas encontrar como el hecho de salir, en este caso a la ciudad y pasear, comentar y ver cosas.

Quizá en lo de los libros viejos se produce algo que en los libros nuevos no ocurre: al estar generalmente orillados de un circuito literario de actualidad o periodístico, quizá se llega a ellos con muchísima más libertad. Lee uno más gustosamente sin, digamos, mediación de críticas ni de ventas, ni de modas. El lector de libros viejos busca en verdad lo que le atrae, lo que le gusta de la Literatura, sus autores predilectos. Normalmente dando palos de ciego, porque una cosa es lo que buscas en las librerías de viejo y en los Rastros y otra cosa lo que encuentras. Me he encontrado que con esto de la pesquisa de libros viejos, hay muchísimo loco. Tanto en los libreros como en los >